

Villa Laura (1986)

Capítulo 11: Primer ingrediente: el autor

Ya no es verano. Lo anuncia el vaho. Constanza limpia la ventana y descubre a su padre gritándole a “cristianos de puerta” (misioneros, como la abuela).

Más tarde Elías le cuenta que Nasar primero argumentó, luego les gritó y finalmente casi les susurró: “Dios está muerto, él me pidió que lo matara”.

Constanza fue a hablar con su padre. Hoy también soñó con mamá. Y hoy también ella solo la miró. Y no le dijo nada.

“No te vi hoy en el desayuno”, dijo Nasar apoyando su cuerpo sobre su pierna izquierda. “Hoy me levanté tarde”. “No prendas la televisión, Constanza”, ya sentado leyendo uno de sus libros teológicos.

“Casi sales de la casa”, se sienta ella a su lado. “Casi”.

Aparece Regine molesta, murmurando cosas sobre la psicóloga que visitó. Molesta y, en su caso, gimoteando. “Sigues poniendo esa cara, hijita”. “Vayan a la sala, por favor. ¿Ya?, papito”. “Almita y Esmeralda están en la granja”. “Ve, Constanza. Están jugando con los animales”.

“¿Desayunaste?”, dice Nasar tapándose su ojo izquierdo. Y brevemente el derecho. “Mis hijas están bien”. “Tu esposo las va a cuidar bien. Los hombres amamos a nuestras princesas”.

“Tu hermana sigue viendo su novela”, dice él tocando sus dientes frontales, los pocos reales. “Estás viejo, papá. Papito”. “Mi Constanza”, dice él, mientras la abraza con cuidado. Luego va a la sala. Ahora tiene dos libros teológicos, un lápiz, tajador, borrador, unas hojas y tres llaves.

“Tu próximo libro. Pensé que escribirías sobre mamá”. “Espero no decepcionarte. No recuerdo mucho de los primeros años. Solo pequeños momentos. Nuestro primer beso, no nuestra primera cita. Sus sabores favoritos: la fresa y... . Las baladas que cantaba con esta voz tan horrenda. Mis composiciones. Escucharlas en la radio. En boca de mejores cantantes. ¿Tú qué recuerdas?”, dice él indagando.

“Recuerdo cuando competía con mi hermana”

“Nunca le pudiste ganar”. “Sí le gané, papá. ¿No recuerdas?”. “Constanza, hija, me desvanezco”, dice él con su gesto de falsa sonrisa. “Papá, ánimos, debes terminar tu libro... al menos ese... si es que no vas a hacer el de mamá”. “El de mamá lo harás tú”, dice él con una sonrisa sincera. Con ojos muchas gracias. “Mi Boni”.

“Yo mataré a Dios”. “Eres agnóstico, papá. Eres famoso por ello”. “Y por mis libros, mis composiciones, mis obras de teatro y el juego de cartas que nos hizo millonarios. Por eso me agrada Dante. Es útil”. “No lo digas así, papá”. “Tu esposo me cae mejor que

ese Ferdinand". "Papá, lo de ese muchacho ya fue hace muchos años". "Nadie le pega a mi hija. Nadie. Por eso no tuve hijos. Son violentos".

Capítulo 12: Esa psicóloga

La terapeuta es anciana y quizás senil. Se la recomendó papá a Ferdinand. Pero la broma al final fue para Regine.

-¿Y cómo es tu relación actual con él?

-Creo que no le gusta que viajemos seguido. Pero yo necesito ver a mi papito

-Entiendo. Prefieres a tu papá sobre tu esposo

-No, no dije eso. Mi papito ya está anciano. Quiero verlo.

-¿Planeas quedarte con él o volver a Francia?”

-La verdad es que me quiero quedar, pero mis hijitas...

-Entiendo...

-Me debo quedar. ¿Cierto? Mejor me quedo. Ya lo decidí.

-¿No te parece que tomas decisiones sin pensarlo?

-Sí, pero siempre me sale bien. Mi esposo me pidió matrimonio a los 19 años y le dije que sí. Apenas lo conocía.

La psicóloga toma apuntes y Regine sigue intacta. Con esa sonrisa que parece contener una carcajada.

“¿Te ha pasado alguna situación en que tu impulsividad te ha salido cara?”

“Mmm... Creo que no. Y ahora menos. Mamita me protege”.

“¿Tu esposo y tu papá tienen algún parecido? Quizás físico, de personalidad, de ideas”.

“Ferdinand le tiene cariño a mi papito. Pero mi papá... lo odia un poquito”

“¿A qué se debe?”

“Larga historia...”

“Cuéntame”

Regine empieza a incomodarse y nota las arrugas de la psicóloga, el cuarto y los diplomas. Algunos boca abajo.

“Ferdinand era mi jefe en un restaurante. Yo estaba apoyando y me desconcentraba mucho. Él gritaba mucho. Yo tenía 18 años. Me lanzó una olla. Lo confronté. Con palabras. Luego me empujó. Y lo noqueé”

“¿Le pegaste?”

“Sí, en su carita”

“¿Y él te gusta porque puedes pegarle?”

“¿Qué? No. Luego de eso, él cambió. Ya no gritaba mucho. Y explicaba mejor las cosas en las reuniones. El equipo se hizo más fuerte. Él y yo nos fuimos conociendo. Fuimos enamorados por 6 meses. Y luego me pidió matrimonio. Yo dije: está guapo. Ya está. Será él”

La psicóloga apunta. Parece dibujar algo. Regine retoma su sonrisa.

“Sí... es mi historia de amor. Ojalá papá la escribiera, pero odia a mi esposito”

“¿Porque te agredió verbalmente? ¿Cómo arreglaron sus diferencias?”

“Papá fue a visitarme. Ferdinand lo quiso saludar y mi papito lo golpeó en el estómago. En el hígado. Fue un buen golpe. Mi esposito se retorció de dolor. Y luego papito lo alzó. Y le dio la bienvenida a la familia”

-¿Alguien más de tu familia le ha pegado a tu esposo?

-(Risas) No, nadie más.

-¿Te da risa que tu esposo haya perdido su virilidad?

-No entiendo

-No la ha perdido. Es un hombre hogareño, como mi papito.

-¿Entonces eso los une?

-Sí, pero no hablan mucho. Por el idioma. Mi papito le habla en francés, pero mi esposo no le entiende. Es que de verdad no se entiende.

-¿Y en inglés?

-Se entienden un poco más.

-¿Sientes que tu esposo ha sacrificado su carrera para dedicarse al hogar?

-Mmm... quizás un poco. Un tiempo estuvo mucho con las niñas.

-¿Y tú?

-Yo seguía en el restaurante. Haciendo los postres.

-¿Y tus hijas?

-Con mi esposito. Él me pidió que siga mi carrera.

-¿Y pasó algo parecido entre tu mamá y tu papá?

-Sí, papito nos crio. Solo se dedicaba a escribir sus libros. A veces daba clases particulares. Mamita trabajaba, incluso de madrugada. Era doctora. Papito siempre la respetó. Nunca le puso un dedo encima.

-¿Algo más?

-Bueno, tú pagaste estas sesiones (sonríe un poco).

-Mi esposo me registró.

-Interesante, ¿verdad? Como si no te pudiera decir algo directamente.

-¿Lo de su virilidad?

-Yo veo que te gusta un hombre que se deja dominar. Como tu padre. Lo cual es normal.

-¿Dominado?

-Es normal que una mujer busque a alguien parecido a su padre. En el fondo todas queremos casarnos con nuestro padre.

-¿Qué?

-Incluso yo quise. Pero no se pudo.

-¿Es broma, no? (ríe nerviosamente)

-Es broma, pero has capado a tu hombre

-¿Capado?

-Tu hombre ya no es hombre. Tu hombre es tu mujer

Capítulo 13: Dios pudo hacerlo mejor

““““

El último viaje de Enrique Minas

El ferry iba de Montevideo a Buenos Aires. 80 personas. No las contó. Su rostro tenía escritura, de la ciudad y de encierro. Solo algunos niños rubios se atrevían a mirarlo. Los mayores, como él, agachaban la cabeza. ¿Era admiración? ¿Miedo? ¿Repudio?

Nadie lo miraba. Hasta que el pasajero de al lado empezó a mirarlo fijamente. Con ojos más blancos que castaño. Y la mujer de su derecha igual. Todos se miraban. Y él pudo sentirlo: el abandono a la madre. Pudo sentirlo: los golpes a la esposa. Y el arrepentimiento. Y sabía que ellos habían visto su congoja. Y trató de huir.

Aquella tarde, Dios estaba en ese ferry. Y Dios decidió mejorar al hombre, a todos ellos. Decidió hacerlos ver el peso de sus acciones. Y que todos las mirasen. Dios, este dios, miraba a Minas.

Y otro hombre se paró. Un detective de la lejana Colombia. Y todos vieron a su hija y a su esposa. Cadáveres de ojos entrecerrados, de cuerpos fríos, de ropa ancha. Y al perpetrador: Enrique Minas. Y empezó a llorar.

Minas, también de pie, vio todo y sintió el dolor en el cuello, los golpes en el cuerpo. Los gritos superaron los murmullos. Enrique Minas mostró sus malas noches, las vigiliyas eternas, sus gritos. Luego sintió el dolor de todos. Minas sacó un arma y nadie temió. Le ardían los ojos. Su dolor...

”

El mundo es un campo de batalla de víctimas y victimarios. Hay humanos que sufren cruentos destinos, a causa de un mal diseño biológico del hombre. Sí, si hay creador o diseñador, él es el culpable de que no haya un mecanismo de seguridad que haga que el violador colapse frente a su víctima o que el asesino serial sufra un paro cardíaco. Todo por un supuesto bien mayor que sería la libertad de elección, que no tienen los de libre albedrío débil.

Se suele culpar al hombre de la maldad, de las desgracias. Y eso tiene sentido en un mundo sin Dios. En un mundo con Dios, debemos culparlo del mal diseño humano o programación humana. Pudo sentar unas mejores bases antes de agregar el libre albedrío.

En el caso de un universo único en el que las decisiones siguen teniendo un factor moldeador del mundo (el libre albedrío), hay que notar que las culpas se reparten equitativamente. O así se declara. El libre albedrío del genocida parece tener más impacto que el insulto lanzado por un hombre marginado, sin difusión, aislado. Pero se declara a la humanidad como culpable de ambas cosas. Minimizando al individuo y

haciéndolo víctima de libres albedríos de apariencias más fuertes. En el caso del universo único determinista, la maldad manifestada en el mundo es producto de la maldad posible e inevitable de sus habitantes. Un único camino, del único camino posible de la expansión del universo. En el caso del “universo de libre albedrío”, la maldad manifestada es producto de una guerra de libres albedríos de entes constituidos de una manera biológica por una mente supranatural, en un mundo entregado con ciertas leyes. En este caso, las leyes naturales y la composición biológica del hombre tendrían que estar determinadas, sería esto innegable. Y las decisiones humanas serían capaces de escapar de la composición biológica (deficiente), algo que para muchos es intuitivo, y de las leyes naturales, algo que no parece posible.

¿Es acaso la programación humana actual siquiera la más benévola imaginable? ¿Por qué el asesino en serie no es cegado ante su acto de crueldad? ¿Por qué el violador no es paralizado? Si se puede imaginar un mundo así en el océano de realidades, ¿no es acaso probable su materialización para “Dios”? Y si lo es, ¿no es ese el mejor mundo posible? Y si ese lo es y este no lo es, ¿podemos decir que Dios es amoroso? ¿Desde qué momento Dios introduce el libre albedrío en el diseño humano (la programación humana)? ¿No es evidente entonces las falencias o su no existencia?

¿Hay un plan mayor desconocido? También se puede decir que hay un sadismo permitido que se magnifica con momentos de paz y actos de bondad, solo para hacer lo momentos tristes más crueles y contundentes. O pensar en el universo como un espectáculo para un Dios que existe dentro de los límites de este lienzo (como guardián), “posibilidad” resultante de delimitarlo al invalidar el “argumento” de la causalidad.

No es viable creer en Dios, ni en su versión malvada ni en su versión contemplativa ni en su versión supuestamente bondadosa de plan deficiente o secreto. O en todo caso: no tiene sentido alabar a un ser así. Es mejor quedarnos con la parte naturalista del asunto: ciertos hombres poderosos son culpables del sufrimiento. Cuidemos a los débiles.

””

“Papá, es lo de siempre, pero mejor resumido. Me gustó el cuento que incluiste”

“Gracias”

“¿Y de la causalidad?”

“Es un error evidente. El enunciado real es “EN el mundo observable, desde la experiencia, en lo cotidiano...”. Están aplicando algo fuera de su campo de aplicación. No se necesita decir más. Solo señalarlo”

[“El “argumento” de la causalidad es una extrapolación tramposa basada en una observación mal delimitada” (“El circo del tomismo”).

“Mamá creía en Dios...”

“Mi Boni... A veces ya no la recuerdo. Sí sus grandes ojos. Y sus palabras. Sus bromas”

“Tenemos muchas fotos, papá. Extraño a mamá. Sueño con ella, pero nunca me habla. A veces solo se aleja. A veces me sonrío”

“Laura creía en otras dimensiones”

“¿Y tú?”

“No, hija. Esta es toda la realidad”

“No lo sabes”

“Es cierto. Soy agnóstico. Prefiero vivir esta vida como si fuera la última. Ha sido una vida impecable, una vida feliz”

“No te despidas, papá. Por favor”

“Quiero refutar los fanatismos. Quiero que ese sea mi legado. Mira a Irán. Mira a Irak. Incluso Israel”

“Sigue haciéndolo, papá. Aún te queda tiempo. Poco, pero queda”

“Hija, sí he escrito sobre tu madre. Te daré esos textos. Quiero que los tengas. Úsalos, por favor. Aunque solo sean diálogos”

“Lo haré, papá”

”””””

Capítulo 14: One Shot

Caminaba con una pisada decidida y con otra en hiato. Derecha militar e izquierda gimotera. Fuerte y un poco más calmado. Con pantalones de cielo nocturno, con pequeñas manchas, estrellas moribundas.

El cielo mostraba toda su vejez. Cielo de las 4, aún de sol.

“Elías, ¿entonces escribimos?”, dijo la mujer de ojos perfectos. “No”, dijo él, de camisa blanca.

“Bueno, sí”

Sentados entre la granja y la mansión, sobre césped algo seco, la mujer avizoró a una princesa.

“¡Mamá!”. Y luego a otra: “Mum!”. Venían con aquella que era su reflejo. Pero más pesada y más fuerte. Ella también llevaba a sus hijas. Eran 4 vestidas de Laura.

Miró a su hermana con autoridad, sin apartar la mirada. Regine dejó de cargar a Almita. La niña buscó de nuevo los brazos de su tía. Y esta la volvió a cargar. Regine, de corazón campesino, selló su victoria con una sonrisa exagerada, sin mostrar los

dientes. Las francesas apuraron a la matriarca, a la señorita Esmeralda y a la pequeña Soul.

Mira Elías los apuntes de su alumna, guardando la distancia y evitando acoplar los hombros. Y las rodillas. Ella lo mira, con seriedad citadina, de Lima invernal. A los ojos por 2 segundos y... casi 3. Al reloj por un segundo. "Mis dos manos son inútiles", explica Elías, diestro, pero muy zurdo. Son las 4 y 55. El segundero no lo ve.

Lee Elías directamente lo escrito en una libreta de cubierta de cuero negro. Con líneas horizontales en sus hojas (con dos oraciones por línea, con apuntes atravesándolas, con un dibujo de Regine y de Almita: la niña descansando en el hombro izquierdo de un cuerpo circense -de la mujer más fuerte del mundo-, garabatos a la izquierda, como maraña, para probar el lapicero, hojas aún pegadas, por falta de estreno, y luego lo anterior: el almuerzo, las palabras del político y más dibujos). Constanza, con lazo rosado en el cabello, rompe el silencio, tarareando una canción que aún no existe. Evoca a la muerte, pero también libertad. El último viaje.

Elías mira hacia arriba y deja la libreta entre los dos. Mira la sombra de su derecha, del árbol protector, y por un instante ve cómo la luz del sol brilla en los ojos de su alumna. Constanza deja el tarareo (o laleo). Se acomoda la blusa que casi le quita cuello. Mueve un poco su falda borgoña. Se recuesta en el árbol. "¿Qué le pareció?", inquiera asegurando el largo de su falda cerca a sus canillas. Luego decide volver a ponerse de lado, en paralelo a su maestro. Y hablarle girando la cabeza, mientras coloca la mano cerca de la libreta.

“No me gusta que hagas los diálogos como tu padre”, dice el hombre girando a la izquierda, con los brazos extendidos para no caerse. Mira hacia adelante, en dirección a los trabajadores y las dos ovejitas. “¿Y si no usas diálogos? Tú papá los usa y abusa. Y luego la gente imagina cosas, cosas mejores seguramente. Y eso ser flojo. Carajo. El buen lector saca oro de todo. Donde hay pereza, se vuelve coautor”, dice él con voz alta, sobrepuesta al nerviosismo, al vértigo de soportar su peso con sus brazos huesudos, a la vergüenza de usar un pantalón reclamado por el mar, por su aliento: el salitre.

“¿Puede ser ese mi estilo? Pero yo necesito que mamá hable, que el político hable. ¿Qué es un político sin su discurso?”, dice ella cruzando las manos en su vientre, con el cuerpo un poco hacia adelante.

Elías explica las razones. Repliega los dedos, el índice señala al cielo, como pistola de carnaval, de salvas. La mano permanece así, temblorosa. Y luego choca contra la palma de su mano izquierda. Casi pierde el equilibrio. Constanza oye el golpe, Elías no. La aprendiz se pone en diagonal. Elías decide echarse en el césped, mientras explica en medio de lisuras, la literatura abrasiva de Nasar. Junta las manos, como urna, como libro. Y luego las mueve, como fuego o volcán. Su índice derecho se mueve rápido de izquierda a derecha, 4 veces. Luego se sienta y le señala a Constanza el paisaje con la palma extendida: señala su nariz. Le muestra el césped y la sangre verde. También apunta a los obreros y a las ovejas. Al sol sobre ellos y al árbol de su izquierda. 5:07 de la tarde.

Elías voltea todo su cuerpo. Mira de frente a la mujer. Y se toca el rostro. Ojeras pronunciadas, manchas en las mejillas caídas, frente quemada, canas en las cejas

(una grande apuntando a la derecha). Cabello escaso y manchas marrones sobre ese suelo árido, de desierto. Ojos hundidos, pero aún humanos, aún bellos, de joven. Labios sedientos, pero llenos de convicción. Nariz grande, enterrada, pero precavida. Constanza ríe.

“No es feo, don Elías, es andrógino, se ve como una señora bien cuidada, excepto por la calvicie”. “Elías, dime Elías, señorita”. “Carajo, mierda. 5 y 13 y aún no brilla el cielo”. “Aún no oscurece, pero debemos volver... Elías...señor”. “Y no es tan calvo. Ese peinado, desde este ángulo, le esconde bien la calvicie”.

“Prométeme que no me harás hablar en esos diálogos enfermos que hace tu padre, diálogos que piden no nacer, que prefieren no existir”

“No le pondré diálogos”

“Mejor”

“Y espero cumplas. Ahora que los dos estamos de blanco. Si no, empieza una guerra santa. No, fea metáfora. No pongas eso. Carajo”

“Ayer hablé de papá sobre eso. Me dio textos, por cierto. Sobre mamá. Diálogos...”

“Lo imagino. Prefiere escribir sobre Dios. Bueno, en contra”

“¿Usted cree en Dios?”

“Creía. Tu padre me convenció de que la creencia en Dios es una en un mar de posibilidades, que no hay cimiento lógico. No lo hay”

“Ayer me habló de Irán. Me dijo que son fanáticos religiosos, pero lo mismo insinuó de Israel”

“Ahí se equivoca. Bueno, toda religión es proclive a cambiar el canto por las armas. Toda religión es peligrosa. Creo que tu padre alguna vez dijo que en una guerra santa no todos pierden: ganan los espectadores, los que ven dos enfermedades anularse”

“Esa declaración es triste. Sufren inocentes”

“Bueno, también lo dice, pero es que esa genta está muy loca. Y no se puede intervenir. Intervenir es entrar en guerra. A tu país le gusta intervenir”

“No es mi país”

“Es como si lo fuera. Con los perdones necesarios, yo no te considero peruana. Tu padre sí ha sufrido las revoluciones, tu madre las vivió. Tú estabas en el extranjero de vacaciones”

“Trabajando”

“Bueno...”

“O estudiando”

“Hay muchos inocentes. Incluso niños”

“Y no hay Dios. No existe Dios. Solo el hombre empuñando la fuerza en su propio nombre, llamándole Dios a sus deseos homicidas”

“Mi mamá creía en Dios”

“No creía. Bueno, quizás en sus últimos años. No, no creía”

“¿Qué cree mi papá? Dice que hay un mar de posibilidades, pero no dice su favorita. Siempre cambia su respuesta”

“Creo que cree que podemos volver a vivir nuestras vidas. Que justo antes de morir, nuestra consciencia se hace eterna. Que esos pocos segundos se vuelven mil vidas. Vidas casi iguales, con algunos cambios”

“¿Y sobre Dios?”

“No lo ve realmente posible, no al menos uno ajeno al lienzo que es la existencia de todo, del universo. Alguna vez dijo que el universo eterno creó a Dios para experimentar el mundo de una manera más individual. No existe Dios. Carajo. Dijo que hay un ser celestial y en sus ojos está el universo. Un ser contemplativo, mirón. Demente, a veces cruel. Curioso. Atento a lo bueno y a lo malo”

“¿El universo creó a Dios, porque realmente quería crear humanos?”

“Dios, según tu papá, es simplemente el humano por el que el universo decide ver el mundo”

“¿Entonces todos los humanos?”

“Sí, pero toma el cuerpo de uno solo”

“¿Y dónde estaría?”

“El universo lo aparta cuando muere. Lo lleva a un rincón del universo. Carajo. Todo eso lo dice, porque le parece más imaginativo que las religiones. Sí cree lo de la consciencia infinita. Lo otro lo dice como para decir “mi historia está mejor””.

“Entiendo”

“Niña... señorita, mira, por fin brilla el cielo. 5 y 27. Ya empieza el brillo dorado”

“Debemos volver”

“Es temprano. En media hora anochece. Balto se puede quedar con ustedes, ¿no?”

“Sí, se veía feliz con las niñas. La señora Mercedes también lo estaba engriendo.

Usted también se puede quedar”

“Lo agradezco. Ese perro me habla mucho. Bueno, imagino que me habla...”

“No se preocupe. Todos queremos que hablen”

“¿Cómo era mamá de joven? A veces sueño con ella, pero no me habla. Solo me mira”

“Eso es culpa”

“¿Sí?”

“Yo también soñaba con mi padre así, hasta que lo hice hablar a la fuerza”

“Usted es tan... usted”

“Tu madre era una chica muy dulce. Muy inteligente. Muy curiosa. Y muy obediente, quizás demasiado obediente”

“La abuela...”

“Le comenzó a interesar el opio”

“¿Qué?”

“Sí”

“¿A quién?”

“A ella”

“¿A mi madre?”

“Tu madre era muy curiosa y la muerte de Luis le cayó muy mal. Yo la conocí en su peor momento. Era difícil tratar con ella. Preguntaba cosas...”

“Entiendo, don Elías”

“Pero luego empezó sus estudios y conoció a Nasar como su nuevo tutor. Eran clases más libres. Yo le enseñé toda la teoría. Yo le enseñé la literatura de verdad”

“Papá no anda bien. Ayer lo escuché...”

“Nunca anda bien. Es senil”

“Mi papá conserva sus facultades, señor. Solo a veces desvaría. Pocas veces”

“¿Qué pasó ayer?”

“Mire la luz. Lo tiñe todo. Es como un sueño”

“Lo es, señorita”

“Creo que soñé con mamá así. Con esa luz. Cerca a un árbol”

“Hazla hablar”

“(risas) No importa si no habla, quiero abrazarla”

“Dile que la extraño”

“Se lo diré... maestro”

“El único defecto de tu madre fue ser aprista”

“(risa contenida) Volvamos a casa”

“Espere. Espere a las 6:05. Hoy es 6 de junio. El brillo nos dejará a esa hora”

“¿Cómo sabe?”

“Tengo una novela sobre eso. Era una referencia. ¿Has leído mis novelas, no?”

“Mañana empiezas”

“Ayer mi papá gritaba en su cuarto. Decía que no tenía miedo, que él era Dios. Que nada estaba por encima de él. “¡Yo soy Dios, yo soy el Diablo!””

“Mmm... ¿Y no está senil?”

“Pensé que podría ser algo de un personaje. A veces... los interpreta”

“¿Y no está senil?”

“No lo está. Él no habla con su perro...”

“Pero tiene dos ovejas con nombres poco sensatos”

“Regine propuso los nombres”

“Ah, ella es la loca entonces”

“Se fue el brillo, muchacha”

“Constanza”

“Seguro ya preparan la cena. No entiendo lo de las dos mesas. Mejor dicho: me parece una estupidez”

“Mi papá es un hombre creativo”

“Sí, todo muestra su creatividad y su senectud”

“Basta con eso, por favor”

“¿Ya?”

“Mira el cielo. Ese azul. Pronto será rojizo”

“Vamos, don Elías. Le ayudo a levantarse”

“Vamos. Son 20 minutos hasta la casa. Estoy seguro”

“Son 15, pero usted está rengo”

“Un poco de respeto”

“Disculpe. Pensé que le gustaba bromear. Y eso funciona en dos direcciones”

“Piomaro y Sócrates, ¿no?”

“No, Crossaint y Pionono. Así se llaman las ovejitas”

“Tu padre está loco”

“Mi hermana...”

“Tu hermana está loca”

Elías camina, poco a poco. Moviendo su cuerpo entumecido. Constanza le da su brazo derecho como apoyo y el viejo escritor toca con recato. Se mantiene callado, por la vergüenza, por la dependencia. Por eso al sentirse fuerte se aparta de la aprendiz e intenta caminar más rápido que ella.

“¡¿Cómo conoció a su esposo?! Se me hace familiar”

“No tiene que gritar. Ya, ya estoy a su lado. No se vaya a caer”

“Respete”

“Es socio de mi papá”

“Eso ya lo sé. Me refiero a que hay algo en él... Algo familiar. ¿Cómo lo conociste?”

Se acercan Regine y Almita. La matriarca hace el gesto de querer cargar al viejo escritor, pero este se adelanta con la mirada seria, de resistencia. Almita va a decir algo, pero calla. Los adultos conversan. En ese idioma que aún no es el suyo: el español. Mueven la boca. El viejo ríe. La tía intenta otra vez poner su brazo en la

cintura del autor de los cuentos mágicos. Almita sabe que aún escribe. Ella sabe que las historias continúan en su mente. Sin tregua.

Se promete leer una historia suya cuando pueda descifrar los sonidos y las grafías. La niña juega con sus pies, meciéndose hacia atrás y hacia adelante. Un sonido francés la alerta. Una vocecita más madura y recatada. Almita se eleva con los pies para proyectar su voz. Constanza la contiene. Regine la mira como diciéndole aburrida. Y ella suelta el estruendo. Preparen el banquete.

Almita corre a la casa a ver a sus hermanas. Están viendo la televisión. Hay bombardeos y niños empolvados. Es la guerra. No hace falta entender el idioma.

El viejo Nasar apaga la tele y les pide que jueguen, mientras Mercedes alista las dos mesas.

Elías y Constanza conversan con Dante y Ferdinand. Lo hacen en inglés, el idioma favorito del viejo maestro. En el que nunca se atrevió a escribir

Mercedes les pide a las niñas que no hagan mucho ruido, que solo conversen. Llama al perro visitante, porque el otro está durmiendo. Algo pasa.

Elías ve a Balto con las niñas. Cerca a Almita. Y parece que hablan de la guerra, de los niños inocentes. Balto percibe el buen corazón de la futura escritora. Y Balto entonces pide que canten los niños, que alcen la voz, que hagan al mundo escuchar,

que unan sus voces y lleguen al sol, porque en ellos está la verdad. Que canten los niños que viven en paz, y aquellos que sufren dolor, que canten por ellos que no cantarán, porque han apagado su voz. Luego ve a Regine unirse. Y cada niña dice una oración, una petición al mundo. En español, en inglés y francés.

I sing because them let me live

Yo canto para que no me apaguen el sol

Je chante pour qu'ils ne polluent pas la mer

Je chante pour que ma voix résonne

Yo canto por el que no sabe escribir

/Yo cant-o por el que scribe versos amor/

Yo canto porque el mundo sea feliz

Yo canto para no escuchar el cañón

Luego se unen en coro. O así lo ve Elías. Balto, Regine, Almita y las niñas.

Let the children sing

Let them shout

and make the world

hear.

Let them sing

for those

Who won't sing,

because they now

have!

no voice!

Luego Elías recuerda que los perros no cantan, al menos no el suyo.

Constanza busca a papá. No lo encuentra. Mercedes le indica que está afuera, junto a Leonora, junto a las anónimas, junto al cielo.

Las niñas ríen, pero los murmullos se alejan.

Ve la oscuridad y el cielo rojizo. Como si fueran de otro mundo. Escucha los murmurios hasta que entiende el idioma. Su padre le canta a Ella. Su hija se acerca para abrazarlo. No lo detiene. Solo lo escucha.

...No sé

si el mundo es el de siempre

Pero yo

lo encuentro diferente

Cuando tú no estás

Cuando tú no estás

No sé

si brillan las estrellas

Pero yo

me encuentro entre tinieblas

Cuando tú no estás

Cuando tú no estás

¡Cuando tú no estás

no tengo nada!

No me queda más

que mi dolor

¡Por eso envidio al mar!

que tiene agua

¡Y al amanecer!

¡que tiene sol!

Nada soy

sin Laura

¡Solo estoy sin,

sin su amor!

Nada soy

sin Laura

Sin Laura, sin Laura

Sin

Laura

Sin Laura...

Capítulo 15: el político

1985

Alan Ludwig García:

Me enfrento a la muerte, sin chaleco antibalas. Como mis compatriotas. Ellos se enfrentan a la incertidumbre, el hambre y el miedo. Hoy verán mi cuerpo triunfante sobre el de ese demonio. Lucharé sin excusas, con mi intelecto, en el nombre de Dios.

Hoy daré muerte al usurpador. El que nos impone esta realidad dramática. El Norte industrial, imperialista y financiero. Hoy daré fin a la crisis histórica; a la injusticia, la explotación y la miseria.

Y así será, compañeros. Así será, compañera. Este 28 de julio. No pudo ser Haya. No pudo ser por el 79, ¡pero el APRA nunca muere!

Y aprovecho esos aplausos para dirigirlos a todos ustedes. Yo los aplaudo. Y aplaudo a nuestra compañera. Laura Regine. Trabajó con Haya. ¡Siempre al servicio de los pobres!, encarnando nuestro espíritu revolucionario. No con armas, pero sí en acciones y discurso. Dicen que era tímida, ¡pero apриста y feroz!

Estas imágenes se alternan, no de manera metódica, y sí como el reflejo de un todo: la metamemoria.

Yo no elijo las imágenes que acompañan esas palabras en mi mente. A veces Haya, a veces incluso nuestro himno. O Laura, compañera. Ese día es para mí como pintura impresionista, con destellos que incluso a veces no son imágenes, pero sí sensaciones o cosquilleos. Como la pesadez en mis piernas, ante la prensa que buscaba mi error. Como el sudor que vencí e ignoré. Como la imagen de dos ancianos que quizás ya no se aman, no se soportan. Espejismos de sus mejores versiones. Imágenes residuales de sus versiones más naturalistas y exactas. Hasta que el viejo habla. O lee lo escrito.

Y es un poema en lengua antigua, quizás la más antigua de Europa: el euskera. Y lo habla mal y lo traduce peor. Pero nadie lo sabe en ese momento. Es 1985 y el genio suele ser incuestionable, infalible y divino.

Nasar le dedica entonces esas palabras a su compañera. “Mariposa, mariposas, mariposas y mutación // Susurro de llovizna son tu voz y dulzura // Tu agua moja el volcán y desierto”. Y 20 años después se preguntaron por lo último: porque la ambigüedad era lo suyo. ¿Laura da vida o la apaga?

Otra imagen de aquel día, de luz ámbar y dos grandes mesas, es la de las nietas. Todas pequeñas, curiosas. Y entre ellas, Alma, la joven escritora, atónita y feliz, ante la historia de nuestro Perú.

Y otra más curiosa la de un periodista, lisonjero e inoportuno, con la pareja celebrada. Busca al detective, ese ser grotesco, pero jocoso, tan odiado como aceptado. Laura

firma el periódico. En sus últimos días, aceptó finalmente a ese personaje tan exótico. Y lo hizo suyo en una serie trascendental, pero chicha. Fue el último gran gesto de amor hacia su esposo. Quien se fue al año siguiente por pena y por gloria.

¡Mjeres mortu!

[1984]

Nasar y Boni Solís

(Versión de 2016)

Alma Baker

¡Muere, puta de mierda!

Anónima, 57.

¡¡Ffff aa!! Toca la correa mi cuerpo lacerando la piel que abrazan mis hijos.

Siento sus nudillos, sus huesos, como estigmas. Como marcas ardientes.

Y mi cuerpo palpita, mientras su voz llueve bilis y odio, mientras yo me mantengo a oscuras derrotada cara al piso, mientras mis manos buscan mantenerse firmes, mientras él aplasta mi cuerpo. No. Me obliga a verlo. Él lo disfruta. Y sus manos aprietan mis huesos. Los de los hombros, los de mi cuello. «Muere, puta de mierda». No. Grito. Lo empujo con la fuerza de madre y voy hacia la puerta de madera. Me agarra del brazo. Y le pido disculpas.

Los ataques se repiten cuando su comida está fría, cuando llega en la noche a las 10 y no a las 9. Cuando me ve hablar con quien me vende la leche para los niños, el pan para todos y los caramelos redondos.

Y siempre pienso en mi infancia. Y no grito. Por respeto a mis hijos.

Juego con ellos y a veces me ven triste. Les digo que jueguen, que coman los caramelos, que suban a sus triciclos, que lancen sus trompos y usen las piedras como canicas.

Les pido que me abracen. Cuando solo quieren jugar.

Los vecinos empiezan a preguntar. Porque mi cara lo delata. Las mujeres me dan consejos del hogar y algún hombre se ofrece a hacerle frente.

Un día vuelvo a casa y encuentro a mi hermano. Se despide. Me dice que jamás volveré a ser molestada.

Verónica, 25 años.

Estaba segura de verlo cada vez que iba de compras. A lo lejos. En su carro o en algún taxi. Era él. Quien nunca me había golpeado, pero quien más daño me había hecho.

Me controlaba dulcemente. Era mayor que yo. Me decía que estaba mal exponerme tanto, que no era buena idea salir a fiestas, con mis amigos. Que me quería por lo recatada que soy. Y juro que lo quería, amaba que se preocupara por mí. Aún pienso en él y me odio por eso.

Un día lo dejé. Tenía miedo. Sentía que no podía vivir, que no podía... hacer las cosas que hacen las chicas de mi edad. Y... y terminé con él. Aceptó eso. O eso dijo. Me mintió.

No paraba de seguirme. Me escribía y lo bloqueaba de todo sitio, de todos lados.

Entonces empecé a verlo cerca donde frecuentaba. Incluso una vez lo vi en el trabajo, pidiendo un café y un pan. Un pan con jamón. Jamonada.

Lo miré mal y dejó de ir. Y luego lo vi en el supermercado. Revisando yogurts. Y hacía como que no me veía. Y aún lo hace. Porque lo sigo viendo. Y pienso que quizás es casualidad. Pero no. Él está ahí. No habla, ya no me escribe, pero espera que lo mire, que le hable.

No, no le aclaré la situación. Pero luego de dos años todo está claro. ¿No? Todo está claro para mí.

Sí.

Sí.

Gracias. Y entiendo que lo mío. Entiendo que no he vivido lo de. Entiendo que hay casos más fuertes.

Sí. Yo la invito a hablar. A... decir su nombre.

Charlize, 42

Maia. Ese es su nombre, ¿cierto? Ha tenido 4 parejas sexuales en toda su vida.

Verónica solo tuvo una relación y media. Recomendando hablar con ese muchacho.

Puede ser mediante un abogado. O quizás no.

Sí, pero que cierre eso, ¿no?, doctora.

Sí, cada uno procesa todo. De una forma.

Está bien.

Sí. Hablaré de mi caso. Soy abogada.

Soy abogada y detective. Confié en un hombre. Me llamo. Me llamo Charlize. Sí.

Tengo 42 años. Sí, me gusta vestirme así (risa). (Risas).

Mmm...

Mmm... Sé que ustedes lo sienten también. Cuando sentimos que alguien más capturó nuestro nombre. Cuando lo repite por tantas veces, en tantas formas. Con poco o mucho volumen. Con gestos o sin ellos.

Sé que ustedes entienden. Y lo sienten también. Dejar de ser Maia. O Beatriz. Dejar de ser Carla. Dejar de ser Luz.

¡Sé que ustedes lo lloran! Y lo sienten. Y lo sufren. Y lo lloran. ¡Se qué ustedes lo entienden! Cuando los destellos de la infancia se mezclan con los hijos futuros. O presentes. Cuando el abrazo de madre es ahora abrazo de hija.

Y cuando todo eso se rompe.

¡Sé que ustedes olvidan! Por amor. Por odio al odio. Como caricia cesa. Como sentirse a gusto. En sus brazos. Como manos con ramo. Como mano de flores. Como halago estoico y medido, de contención calculada, como poema de Bequer. De Mayer. Como sonrisa de niño, de brazos bruñidos, de PC antigua, de XP.

¡Él los estafoó! Pero me mintió solo a mí. En su com. Putadora. De todo color. De calcomanías. De todo mi amor.

Vació toda cuenta. Y mi corazón. ¡Él los estafoó! Y yo lo perdoné.

Sí, doctora, yo lo perdoné.

(¿Y lo perdonaste?)

Sí, mi doctora. Sí, así es. ¡Yo lo perdoneé!

((¿Lo perdonaste?))

Sí, hermanas. ¡Yo lo perdoneé!

(Es lo mejor)

((Sí/Yo no/Sí, hay que perdonar/Bueno))

¡Lo perdoneeeé! Pero murió para mí. Marcha su cadáver a la cárcel de ruido. A la sentencia de olvido. A la guillotina social. De sus brazos bruñidos. Al escupitajo maestro. De nuestra Justicia.

(¡Lo perdonaaaste!)

((Lo perdonó/Lo perdonó/Sí/Bueno))

Y esa es mi historia. Soy la ex pareja del estafador. El del banco. Él se llevó el dinero. De pobres y ricos. Y lo quemó.

Salón, casi 50 años.

Es 2002. Soy pastiche de muros relamidos. De crayolas antiguas, de sudor comunista y de gritos consignos.

Soy también resguardo de mujeres. Rotas y recompuestas, remachadas con confesiones, cafés y miradas. De caminadas pesadas o como en puente colgante.

Todas ellas atraviesan esa puerta. Como velo hacia a sultán. Y ella, mi hija, las recibe.

Su nombre es Cecilia. Le dicen doctora. ¡Le dicen doctoooooora!

Perdón. Cecilia es psicóloga. Y nunca envejece. No es de este mundo.

Yo era moho y cucarachas. Polvo y suciedad. Porquería y mugre.

Basura y mugre era yo. Atención. Guarden silencio.

Empieza la escena.

Escena

Charly. Charly59 está aquí. Lo delatan los dientes carmesí. Las encías ferales. Los ojos de lo negro. El cabello grasiento. Y la cara de sombra.

De sombra y rubor. De maquillaje y peluca.

“No eres una buena detective. Debiste saber lo de tu es. Tu pareja”. Charly toma café y remoja su galleta ante el asco de Charlize. Y luego chupa la baba de sodio. Y parece dar un beso al terminar.

“Eres un farsante. Y no lo digo por la peluca. Te gusta usarla. ¿No? Sí. No eres de acá. No eres. Espera”. Charlize indaga y dice su veredicto: “Eres con quien sueño”. “No, preciosa, tú eres mi sueño. Y sabes a qué vengo”.

“No conozco su paradero”. “Ella sí”. “¿Cecilia?”. “Bien, si eres una Charly”. Maia espera su turno para hablar.

Las miradas lo confirman y esa mirada amalgama mira la mirada de Maia. Y es fusión. La ayuda vendrá. Con pistola del macho y papeles justicieros de la hembra.

Cecilia está ante ellos.

Charly conoce su otro nombre, de quien lo envió. Él la conoce.

-Te conozco, I Isabel

-*¿Me conoces en n verdad?*

-¿Qué pasa? ¿Por qué alaaargo la vocal? ¿Qué paaasaa? ¿Por qué me pongo a caaantaar? ¡¿Es un hechizo universal?! ¡¿Es un maldito musical?!

Isabel/Cecilia: ¿Quién es?

-Charly59: Soy yo

¿Qué vienes a buscar?

-A él

Ya es tarde

-¿Por qué?

Cecilia: Porque ahora es él...

...el que puede estar sin ti

Por eso vete,

olvida su nombre,

su cara,

su casa

Y pega la vuelta

-Charly59: ¡Jamás lo pude comprender!

Cecilia: Vete,

olvida sus ojos,

sus manos,

sus labios

Que no te desean

-Charly59: Estás mintiendo ya lo sé

Cecilia: Vete, olvida que existe,

que me conociste,

Y no te sorprendas,

olvida de todo

que tú

para eso

Tienes experiencia

Y siguieron cantando en ese mundo.

Villa Laura (1986)

Capítulo X: Agilidad

En la casa se escuchan las protestas de Nasar, mientras Regine sonríe al cargarlo y ponerlo cerca a la mesa para que pueda tomar su desayuno. El Nobel está molesto, humillado. Lo sientan e intenta dormir. Regine le dice que espere y va a la cocina.

No me nota. Cruza sus brazos y coloca encima la cabeza.

“Papito, acá está”

“Hijita, ¿mi desayuno es un pastel?”

“Sí, una tajadita. Es chajá. ¿Te acuerdas? Cuando fuimos a Uruguay. Tu favorito”

“No es mi favorito”

“Es tu favorito, papito. Abre boquita”

“Ya, hijita. Lo comeré. Déjame desayunar tranquilo, por favor. Si me dan las fuerzas, iré a ver a mis nietas. Mercedes me va a cuidar”

“Ya, papá”

“Oh, muy buen durazno”

“Lo mejor es que no necesitas dientes. Es bien suave, papá. Te dejo desayunar”

“¿Tú ya comiste? ¿Qué haces acá tan temprano? Deben ser las 9”

“Son las 11... y 25... 26... quizás 26”

“Ya no ves el segundero”

“Da lo mismo. ¿O... no?, Nasar”

“¿Qué insinúas?”

“Tu hija me contó que has retomado tus textos sobre Dios”

“Sí”

“¿No tenías el asunto resuelto? Carajo. ¿Qué más tienes que decir?”

“No uses esas palabras. ¡Y menos en la mesa!”

“Ya, ya, está bien”

“Todo se puede decir de mejor manera. Ya hice que Dios bajara un peldaño, que el cristianismo sea una creencia en un mar de creencias”

“Me gustaría que hubiera un argumento absoluto contra Dios”

“No es necesario algo así”

“Para algunos sí...”

“Perdón”

“Aquí está la mantequilla. Con mucho cuidado, señor. Su café y leche para que agregue al gusto”

“¿El azúcar?”

“Tiene el pastel”

“Mercedes, creo que aún puedo decidir por mí. ¿No crees?”

“Su hija Constanza me pidió que cuide el azúcar”

“Mercedes, yo... Yo te pago. Por favor”

“¡Quiero el azúcar!”

“¡Constanza, ven ahora mismo!”

“No te vayas, Mercedes, por favor”

“Ya, Nasar, el pastel tiene azúcar. Tu hija salió”

“Me retiro, señor”

“No he dormido bien, Elías”

“Se nota. Estás desatado. Se ve bueno ese pastel. Voy a servirme una tajada. ¿Está bien?, buen amigo”

“Me traes el queso... Por favor”

“¿No te hace daño? ...Es una broma, carajo”.

¿Y de qué hablaba con papá?

Recordábamos una obra de teatro. ¿Viste “Jesucristo Superstar”?

La vi en Estados Unidos. Mi papá la vio con mamá en España. Y con Regine.

Nuestra próxima lección será la recontextualización

Entiendo. Como papá y el Quijote.

Sí, así, pero mejor.

Busca una historia, de preferencia que no tenga derechos libres...

Derechos de autor vencidos... dominio público

Sí, eso... Que se puedan usar. Y vamos a ver cómo reconstruirlas para darle un sentido en nuestra historia.

A mamá le gusta Góngora. Bueno, le gustaba. En el último año leyó mucho a Borges. Con Almita. Antes de deprimirse.

No podemos usar a Borges. Quizás a Antonio Machado. Pero lo ideal es que sea un novelista.

¿Kierkegaard?

Si hablamos de la fe. ¿La fe es importante en la historia? Podría ser para darle... más profundidad al personaje de su madre.

Sí, la abuela era muy cristiana. Mi mamá no tanto.

Pero creía en Dios. A diferencia de Nasar.

Pero, señorita, Kierkegaard no hacía literatura... No me lo parece. No, no lo hacía.

Pero mamá lo mencionaba... Quizás ella veía algo en él. Papá también hablaba de él. "La angustia de lo absurdo", así lo definía papá.

¿Qué opinas de los ensayos de Nasar?

Tienen sentido. Pero también lo que él mismo afirma en... "La imposibilidad de matar a Dios".

¿Ves todos estos libros? En este... laberinto.

Niña, ¿qué hacen que esos libros tengan vida? ¿Los autores o los lectores? Según tu papá, eso no se puede saber.

¿El principio antrópico? Papá también dice que toda extrapolación o ejemplo es un engaño, una trampa...

Yo creía en Dios. Luego ya no. Tu papá me convenció de que no hay nada racional que nos lleve a él. Nada lógico. Pero ahora, con 79 años, podré saberlo.

Si no hay nada, no sabrá nada.

Y si lo hay, podré saberlo.

¿Cree que el día está cerca?

Lo está, Constanza. Quiero morir en paz. En mi casa.

Morir no es malo. Si no hay mucho arrepentimiento.

Siempre hay arrepentimiento

No siempre. Mamá se fue en paz.

Laura tuvo mucha suerte al tenerte. La pequeña Boni.

Gracias. Gracias, Elías.

“Dios, de existir, pudo crear una mejor programación humana. Quizás nublando la visión del asesino en serie. O paralizando a los violadores.”

Lee Elías Monterroso. O recuerda Elías Monterroso. Ya en cama.

Elías Monterroso había perdido la batalla. No, se había dejado ganar. Una y otra vez.

El campo de batalla había sido su propio cuerpo. Dos zumbidos conspiraron contra él.

Uno era dictatorial, omnipresente, y el otro era un escolta dubitativo, pero igual de

mortal. A este último Elías le dio fin. Satisfecho. Como si el verdadero dolor no estuviera en su cuerpo sino en el aire.

Los sonidos huyeron. Emanan los recuerdos. Los otros y los falsos.

“Trilce amarto” en sus manos. “El último suspiro de Vallejo”. La extraña muerte de Luis Borja. Los presagios de Nasar. Las adivinaciones en sus cuentos, en sus mentiras. Nasar flotando casi dos metros y con los ojos en blanco. En idioma espurio.

Las palabras de un presidente. De voz elegante, desafiante. Pero humilde ante Boni. Ella de blusa fresca con leche. O rosada. O rojo apagado. Con botones centrales, como estrellas. Aretes como bolitas doradas. Cabello con un poco de vida. El poco negro en sus antes frondosas pestañas. Su ojo derecho un poco más bonito que el izquierdo. Y Balto ladrando. Quizás no solo en mi sueño. No puedo levantarme.

Dios, permíteme levantarme. Por favor. Y la lluvia. Y la obra de teatro que jamás pude ver en vivo. Las canciones. Alguna potente, otras lejanas. Mi hijo y mi esposa felices. Yo ingrato, sin querer viajar. Yo los abandoné. Por mis miedos. Mi temor a este mundo. Tan distante al mío. Tan estridente. Tan falso.

Mi voz anciana en mi mente. Mis últimos suspiros.

Yo tenía fe... cuando comencé

Ahora estoy triste y cansado

Mi camino... de tres años

Me parece... que son treinta

Y, ¿qué más... puede un hombre hacer?

Y mi voz menos anciana. Ya no siente el cansancio. Al menos no en este trance.

Si he... de... morir

Que se cumpla todo... lo que tú quieres... de mí

¡Deja que me odien!, ¡que me claven en su cruz!

Yo quiero ver, yo quiero ver, mi Dios.

Yo quiero ver, yo quiero ver, mi Dios

Quiero saber, quiero saber, Señor.

Quiero saber, quiero saber, Señor.

¡Si

He

De

Morir!

Dime si es porque he de ser mejor de lo que fui

¡Dime si mi vida con la muerte he de cumplir!

Yo quiero ver, yo quiero ver, mi Dios.

Yo quiero ver, yo quiero ver, mi Dios

Quiero saber, quiero saber, Señor.

Quiero saber, quiero saber, Señor.

Con morir, ¡¿Qué voy a conseguir?!

Al morir, ¡¿Qué voy a conseguir?!

¡Quiero saber, quiero saber, Señor!

¡Quiero saber, quiero saber, Señor!

¡¡Ah!!, ¡¿por qué

he de morir?!

¡¿Por qué?!

¡¡Dime: ¿por qué quieres que me claven en su cruz?!!

¡Muéstrame el motivo, dame un poco de tu luz!!

¡Di que no es inútil tu deseo! ¡¡Y moriré!!

¡Me enseñaste el cómo, el cuándo, pero no el por qué!

¡¡Ah!!, ¡muy bien!, ¡yo moriré!

Pero, ¡por favor!, cuando muera, ¡cuando muera!, ¡¡mírame!!

¡Por favor!, ¡¡mira mi!! ¡muerte!

Y la voz vuelve a decaer, porque recuerda que aún es cuerpo. Al menos por unos últimos suspiros.

Yo tenía fe... cuando comencé

Ahora estoy triste...

Y cansado

Mis tres años

ya son miles

¿Por qué entonces,

tengo miedo

de que ya

todo termine?

Dios,

yo no empecé,

fue tu voluntad

Dame el cáliz

de amargura

Clava, azota,

¡Rompe, mata!

Pero pronto, ¡hazlo pronto!

¡O yo!

me

¡voy

a arrepentir!

El agua parece terrosa y el cielo es dorado. Como si el tiempo fuera a terminar: en un atardecer.

“No perdamos tiempo”

“Balto, amigo”

“No perdamos tiempo, Elías”

“Ahora tengo todo el tiempo”

“No estás muerto aún. Yo debo ayudarte”

“No hay nada allá, Balto”

“Sí hay. Debemos cruzar el río”

“¿Río? Pero esto no tiene fin. Es el mar”

“Sí tiene”

“Balto, llévame, llévame, estoy cansado”

“Lo ves. Ven, acércate. Sube a mi lomo”

“Balto, eres inmenso”

“¿Aún no llegamos?”

“Falta poco, Elías”

“¿Por qué estás acá?”

“Me quise despedir, Elías”

“¿Ladraste? Perdóname”

“No, ya no te preocupes. Fuiste bueno”

“Tengo sed, Balto. Ve tú. Llega tú”

“No, tú debes llegar”

“¿Puedo tomar de esta agua?”

“No. Pon tus manos bajo mi oreja. Junta tus manos”

“Gracias, Balto, gracias”

“Falta mucho, pero ya veo tu hogar”

“¿Es un lugar hermoso?”

“Lo es”

Capítulo Y: las últimas palabras de mamá

Amaneció llorando. Sintiendo las lágrimas en el rostro. Su madre no la había hablado. Solo estaba ahí. A veces sonriendo, pero no hablaba. Desde que murió, su madre no hablaba. Le había dicho que estaba bien, días antes de que algo fallara en su mente. Antes de que la enfermedad deformara un lado de su cara. Antes de arrancarle el derecho de abrazar y de mirar con ternura.

Constanza, como otras veces, se levantaba más temprano que todos. Iba al baño para verse en el espejo. Ensayaba sonrisas, miradas felices. Sintió que alguien más estaba despierto. Y bajó para verlo. Quizás su papá. La urna estaba prendida. Las velas radiaban como fuego. Y delante de esta, se encontraba su hermana. Pero no una que hubiera conocido. No una de su mundo. Se veía más joven que ella, 10 años más joven. Esa chica miró a Constanza y luego cerró los ojos frente al fuego.

Y en la puerta que da a los árboles estaba una silueta. Volteó a verla. Le dijo a Constanza que se acerque. Que debían hablar de su amigo. Elías había fallecido.

Constanza supo esa voz. Supo el abrazo y el beso en la mejilla. Era Laura. Le pidió caminar hasta el árbol de flores amarillas. Constanza no pudo evitarlo y empezó a trotar. Boni le siguió el juego con una sonrisa. Y ambas corrieron a un ritmo sin competencia. "Todavía me canso, hijita". Constanza temió y la sujetó. Boni se apoyó en el árbol jadeando, recordando que aún era cuerpo. Luego supo.

El cabello de mamá era blanco. Y su piel una mujer de 70 años. Constanza quiso imaginarla así, junto a sus hijas ya bordeando los veinte. Porque a esa edad, la engreída Boni se convirtió en Laura. A esa edad y quizás años antes, Laura guio a su hija, la guio en su camino hacia mujer. Almita y Esmeralda no tendrán sus consejos, su calor.

“Vi tu texto, hija. Elías fue un buen maestro”

“Sí, mamá. Lástima que ya no esté. Al final pude apreciarlo. Tuviste un gran maestro”

“Hija, ¿por qué aún no me dejas ir? Me sigues llorando”

“Porque te extraño, mamá”

“No te aferres, hija. Este lugar ya no es tu hogar. Es un grandioso recuerdo, pero tu hogar está con tus hijas”

“Mamá, debo estar con papá”

“Por ahora sí. Cuida bien al viejito. Juega con él. Abrázalo de mi parte”

“Te extraña”

“Lo sé, pero debe dejarme ir”

“¿Por qué?”

“Porque este mundo no es tu mundo. Es un instante congelado en el tiempo”

“Un sueño... Pero abrázame, por favor”

“Este mundo no es menos real que el tuyo. Todos a sus maneras son reales. Yo de verdad estoy acá, Constanza”

“Te soñaré siempre, mamá”

“No, hija. Tú vives allá afuera. Debes envejecer y estar con tus hijas”

“Mamá...”

“Hija, no pudiste dejarme ir. Ahora es el momento”

“Mamá, no es tan fácil”

“Yo estoy bien, hija. Hasta tengo una Regine. ¿La viste?”

“La vi, pero seguro esa es menos loca”

“Es menos loca, hija. Déjame acá”

“Mamá, ¿entonces eso tratabas de decirme?”

“Sí”

“Debes hacer tu vida. Tu vida está con tus hijas. Con tu esposo”

“Papá...”

“Tu vida ya no está con mi Nasar”

“No has sido una mala hija, Constanza. El amor de una madre no tiene adversario. Siempre los voy a querer más que ustedes a mí. Es lo normal. Yo te pido perdón por no estar cuando eras una niña. No jugamos como lo hacías con Nasar. O con mi Regine. Cuida a mi Regine, Constanza. Mi gordita. Cuida a Esmeralda. Cuida a Almita. Dile que pudiste hablar conmigo. Dile que siga leyendo. Cuida a mi Nasar. Cuida a Regine. Te quiero. Te quiero. Te quiero”.

Capítulo Z: adiós

¿Dónde está papá? Grita Constanza, como nunca. No está papá. No está Regine. No está Mercedes.

La casa se ve desolada y ella piensa lo peor. Busca la llave del carro. Piensa en hospitales. En clínicas. Hasta que encuentra una nota.

Llega al corazón de Lima. Donde los escaparates muestran vestidos. Donde alguna vez hubo un tranvía. Donde Laura aprendió a conocer a Nasar. Hay mucha gente. Ya no es la Lima de sus padres.

La niña recordó cuando en 1982 le llegaron noticias, mediante carta, del descubrimiento de un cañón debajo de una de estas calles. Los limeños se atiborraron. Recordatorio: quizás de la ocupación chilena. O de la española. O de la guerra interna que vendrá.

Las tiendas estaban en casas coloniales de 2, 3 o 4 pisos. Todas de fachadas de amarillo limón, el que conocía de sus viajes. El limón agrio, distinto al peruano, tan vívido y verde.

Las calles eran amplias, porque ahí antes pasaban carros. Tantos cambios. Y Regine comiendo picarones. A las 11 de la mañana.

“Con las manitos en la masa”

“No compres comida en la calle, hermana”

“Prueba. Abre boquita”

“¡No! ¿Dónde está papá?, loca”

“Se me perdió”

“Quiero ver a papá, Regine”

“Está con Mercedes”

“¿Papá está bien?”

“No sé”

“¡Regine!”

“Papá está bien. Vino a despedirse de mamá”

“ ”

“Ellos paseaban mucho por acá. Cuando ella era jovencita”

“Ahí está papá”

“¿Y ese vestido?, papito”

“Para la que pueda usarlo. Fui a comprar un vestido donde mi Boni los compraba”

“Pero no es a medida”

“Ay, la Constanza”

“Los vestidos deben ser a medida”

“Hija, ¿y cómo medimos a tu madre ahora?”

“ ”

“Constanza, quizás el vestido lo puede usar su hija mayor”

“Quizás, Mercedes. ¿Tan delgada era mamá?”

“Era delgadita. Luego ya se puso como Regine”

“¡Papá!”

“O sea, más bonita. Más fuerte”

“Mamita era fuerte. Tengo sus brazos”

“Bueno, ¿y ahora cómo nos volvemos? Hay dos carros”

“Di un número, Constanza”

“No, papá”

“Tú, Regine, di un número”

“El 2, papito”

“Te vas con Mercedes. Yo iré con Constanza”

“Ay, no. Yo quería ir contigo”

“Nos vemos en la casita”

Desayunan papá y sus dos hijas. Un domingo. Como cuando Boni estaba con ellos.

Papá “decide” comer pastel y un café, y Regine trae las empanadas. Constanza atiza la mermelada. Ella prefiere un té.

No hay confusión de voces en mesa. Solo son 3. Recuerdan a Boni, a Elías (“ese señor era loquito”). A Balto.

A la abuela y sus rezos. A las niñas. A los novios.

El velorio, los velorios, las despedidas.

En tal momento, Reeyín confiesa ser la hija menos amada. Costanza la hierde: eres pesada, pero querida te amamos Mamá te amaba hija Te amaba loca Mamá me amaba Le caía mal pero me amaba Me dio un abracito La volveré a ver Los veré a todos

Hoy la gordita se va Vuelve a Francia A sus hijas A su vida Lejos de papá Yo voy al cuarto de papá Recuerdo A despedirme

“Ya no estoy triste, hija”

“ ”

“Recordé lo enamorado que estoy de tu madre. La sigo pensando, pero ya no con tristeza”

“Eso es bueno, papá”

“Te voy a extrañar”

“Papá...”

“Leí tus textos”

“ ”

“Aún les falta sorpresa. Improvisa un poco. Ya Elías te enseñó lo necesario. Haz tu camino ahora”

“Algunas cosas me cuestan”

“No incluiste los últimos días de tu madre”

“Prefiero no narrar eso. Mi mamá apenas me miraba. Apenas respiraba. Me agarraba la mano. Trataba de hablarme. Y yo le entendía, papá. Le entendía poco. Le entendía”

“Sus ojitos no estaban bien...”

“Debes narrarlo, hija. Sé valiente”

Él miraba al cielo y yo buscaba su mirada.

Y la mente se fue apagando, confundiendo el tiempo. Olvidando el lenguaje. Pero no aquella canción. No aquella melodía en la radio. Con vestido en mano para su amor de toda la vida. Aquella que era niña y mujer. Aquella mujer delgada y ancha. Vivaz y cansada. Con ojos fulgurantes y sellados. Con cabello negro y platino. Con juventud en la cara y depresiones. Con la dulzura de siempre.

El escritor murió. Pero no durmió como los demás. Él despertó.

“Hoy me siento mejor, hija”

“Papá”

“¿Eso es malo, no?”

“No, porque podemos hablar”

“Hablemos antes de que venga Regine”

“Papito...”

“Dante es un buen compañero”

“Lo es, papá”

“Te va a cuidar muy bien”

“Desde mi perspectiva, muere el mundo, mueren ustedes. Mueres tú, querida hija”

“Entonces no te preocupes. Tuve una buena vida”

“¿Te deajo ir?”

“Sí, papá, es hora de dejarme ir. Vas a vivir con mi recuerdo. Vas a ser feliz. Me vas a llorar de vez en cuando, pero vas a ser feliz”

“Perdóname”

“Te perdono”

Agradecimientos

A todos los futuros lectores

A autores y compositores por los préstamos y mis adaptaciones

[Revelaré la lista mediante videos].

Este texto no necesitó IA. Los escritores siempre hemos referenciados los textos precedentes.